

FUENTES, JUAN B., *La impostura freudiana. Una mirada antropológica crítica sobre el psicoanálisis freudiano como institución* (Ed. Encuentro, Madrid, 2019). 172 pp., ISBN: 978-84-9920-000-2.

I. Con el libro que ahora ofrece *Encuentro* hace Juan B. Fuentes su primera salida más allá de los muros de la academia. Pero no estamos ante la obra primera de un autor novel, puesto que Juan B. Fuentes firma cerca de un centenar de artículos, publicados en revistas académicas y profesionales, y acredita más de treinta años de intensa dedicación docente. Conocidos tales antecedentes no sorprenderá la dimensión de este trabajo, inasequible para un recién llegado.

En efecto, el libro que reseñamos alberga mucho más de lo que anuncia. No estamos ante otro comentario sobre y contra Freud. No sólo porque la institución psicoanalítica es tocada aquí en su nervio íntimo, acaso por primera vez, y consecuentemente valorada de modo radical, al punto de exigir una toma de posición que no tolera la higiénica distancia del moderno ensayista «científico». Es que además de desenmascarar la perversa eficacia silenciosa del freudismo, y a la hora de analizar la figura de la sociedad en que la institución medra y a la que en cierto modo consume, el autor se ve llevado a ofrecerla, aunque esquemática, completa figura de una filosofía de la historia. Es que además a la concepción quebrada y dramáticamente contradictoria del hombre esgrimida por Freud, Juan B. Fuentes opone una antropología filosófica cuya paradójica novedad resulta de sus señaladas

raíces medievales y cristianas. Con semejante adehala este libro alcanza una dimensión que su título ignora, escondiendo bajo el nombre sin eco de su autor una voz singular, definida y poderosa. Su nombre significará desde hoy mismo una *mirada antropológica crítica* arrojada sobre el mundo moderno, desde una plataforma filosófica de rara potencia.

II. Juan B. Fuentes afronta la obra de Freud en su condición de institución, arraigada y próspera en un entorno sociocultural característico: la sociedad modernista finisecular, la gran sociedad de las ciudades cosmopolitas, atmósfera de las vanguardias, cuyo paradigma es la Viena «real e imperial». Sofisticado ambiente en que empieza a multiplicarse el número de individuos flotantes, desolados *flâneurs* extraviados, como efecto del desmoronamiento crítico de las estructuras comunitarias y, muy especialmente, de la que constituye la matriz comunitaria de la existencia personal: la familia. Esta creciente legión de *egos diminutos* da el tipo del paciente freudiano.

La institución freudiana, dotada de una *sutilísima indeterminación teórica*, habría tenido una notable eficacia sobre tales existencias sin centro: «la de *abundar y reforzar* la tendencia a quedar exentos de todo sentido de la responsabilidad moral, *colaborando a la erosión* de los restos últimos de sentido de la responsabilidad y de la fuerza moral de ánimo que dichos restos comportan». Freud, último *liberador* de los vestigios de las otrora firmes sujeciones morales, que orientan y sostienen la realidad personal, ha desplegado una sutil

estrategia sugestiva que, contando con la predisposición del paciente, le instiga a asumir una doctrina inane, pero eficaz a la hora de desprenderse de cualquier resto de fortaleza moral.

De esta suerte, el paciente puede entregarse al *deleite* de una existencia desarbolada pero virtualmente seductora, toda vez que se ha deshecho de cualquier perturbación moral que hubiera podido oscurecer su fantástica «felicidad». Todo el artefacto pende de un acuerdo tácito —un oscuro trat— por el que analizando y analista comparten el juego pragmático consistente en que el analizando ofrezca o evoque supuestos episodios biográficos, a través de los que insta al analista a una interpretación que, atribuyéndose fundamento teórico, busca absolverle de toda responsabilidad moral respecto de su propia vida. Se trata de una interpretación que, desde una concepción antropológica «sufriente y atormentada», conduce a una devaluación del valor moral de los episodios evocados, que quedan degradados como substituciones morales, engañosas y recurrentes, de un inaccesible deseo infantil. Inaccesible por inmediatamente reprimido, ya que estaría orientado *a priori* hacia una figura de autoridad del horizonte moral del infante, característica del padre, que niega semejante deseo. El deseo antropológico estaría configurado *a priori* según una forma que lo reprime, quedándole vedado todo acceso a la representación. En una vacía co-definición, tautológica y negativa, el deseo se define como lo negado por una norma que consistiría en negar o reprimir el deseo. Con histórica exactitud delata Juan B. Fuentes el vano formato filosófico de esta pieza clave del artefacto freudiano (la concepción de la escena de la seducción como fantasía desiderativa originaria) señalando a su elevada prosapia que lo emparenta con una filosofía idealista, de raíz kantiana, cuya estirpe teológica es de sobra conocida. Sobre semejante dispositivo se erige una concepción rota de la afectivi-

dad antropológica, que puede extender sobre la totalidad de los contenidos de la cultura la sombra de su sospecha. Por su parte, el aparato sugestivo —fundado en el obscuro trato de la «relación terapéutica»— servirá a hacer asimilable dicho ensueño teórico a unos pacientes que han de estar indudablemente predispuestos.

III. En el momento de afrontar la figura del orden histórico social que promueve tal predisposición Juan B. Fuentes traza las líneas fundamentales de una filosofía de la historia desde la que su *mirada antropológica crítica* cierne, más allá de la institución psicoanalítica, el mundo moderno.

La clave del orden histórico-social modernista se encontraría en la nueva inflexión de una tendencia consustancial a la historia: la tendencia a incrementar la capacidad productiva de la sociedad. Tal inflexión supone una inversión de la figura de la sociedad tradicional en que la producción respiraba totalmente en la atmósfera de la comunidad. Obviamente la determinación de la estructura de esta *comunidad* es fundamental. Se trata de una estructura articulada por relaciones de parentesco regidas por un principio bifaz: la regla *exogámica* define los otros hacia los que el propio grupo de parentesco ha de abrirse y en vecindad con los cuales se desarrollan la labor y la comunicación de los frutos del trabajo. El costado negativo de esta exogamia lo ofrece la prohibición del *incesto*, que mantiene al grupo en disposición de abrirse a esos terceros que define la norma exogámica. La indefinida transitividad diacrónica de la norma exogámica incluye una promesa de universalidad. En semejante orden, los terceros próximos jamás son individuos abstractos, sino cuerpos singulares, acuñados por la matriz de parentesco, sin que quepa vislumbrar quiebra alguna entre el cuerpo singular y la morfología social que lo *inviste*. Sólo el crítico hundimiento de esta estructura comunitaria puede explicar el éxito de la concepción freudiana de una

contradicción infinita entre la afectividad humana y la norma familiar.

Pero tras el primer excedente y la aparición del mercado surge, desde el fondo de la historia, un estado ambivalente: de un lado el mercado preserva y facilita la ampliación de la morfología social comunitaria, de otro dispone a su fractura. El mercado, en efecto, sirve a un proceso de abstracción productiva que oscurece el valor de uso y disfrute de los bienes en el seno de la comunidad. Juan B. Fuentes señala aquí una *caída*, el afán de cuya reparación genera la forma política de las sociedades históricas y acerca de cuya naturaleza ha discurrido siempre la filosofía política. En efecto, la estructura política sirve a la contención de la deriva económico-abstracta del mercado teniendo como norte la realidad *metapolítica*, criterio y sentido de la vida antropológica, de la evocada morfología social comunitaria. Así la historia universal, articulada en torno al problema de las relaciones entre comunidad y universalidad, conocerá tres figuras metafísico-políticas: la antigüedad pagana, la civilización católica medieval y la edad moderna.

A esta luz la figura teológico-política de la cristiandad medieval aparecerá como articulación ejemplar de las ideas de comunidad y universalidad y su teología dogmática brillará en su honda sutileza antropológica. En efecto, sus dogmas cruciales —Trinidad y Encarnación— comportan «... el proyecto de una universalidad que sólo puede, y debe, propagarse e ilimitadamente, *con respecto a cualesquiera terceros pueblos o comunidades posibles de modo que se preserven precisamente las relaciones comunitarias* en el seno de estas comunidades, así como entre todas ellas». La forma de la comunidad universal es fijada doctrinalmente por el juego conceptual articulado entre las ideas de «inmanencia», «trascendencia», «pecado original», «libertad» y «Gracia». Juan B. Fuentes revela así la antropología inmersa en una construcción teológica que habría servido

al proyecto de una comunidad universal y cuya norma rectora reza: «Tomar siempre como referencia meta-política de la acción política a la vida comunitaria universal en cada caso realmente existente y efectivamente posible como una instancia que, en todo caso, siempre antecede, sustenta y trasciende dicha acción política, y en función de la cual, y sólo en función de la cual, tiene sentido la acción política».

Este proyecto habría sido históricamente barrido en el moderno curso de reducción tecno-económica del mundo, de suerte que la política moderna, oscilante entre el Estado y el Mercado, hubiera venido a ignorar cada vez más la citada norma. Ante este proceso, la rebeldía modernista se resuelve, por su parte, en una negación vacía del vacío moderno en el que se arrojan, sometidos a su asimismo negativa suspicacia, los últimos restos de realidad vital comunitaria. Freud tiene aquí su lugar en la historia. Juan B. Fuentes mantiene abierta, sin embargo, una vía a la esperanza: abrazado a los vestigios de nuestra existencia comunitaria, aún se afirma en el naufragio. Entendemos que lo dicho basta para dar idea de la dimensión de esta obra, así como para manifestar la singular potencia de un autor cuyo nombre deja, con este libro, de necesitar presentación.—FERNANDO MUÑOZ.

D'ORS, EUGENIO, *Las aporías de Zenón de Elea y la noción moderna del Espacio-Tiempo* (Colección Opuscula Philosophica, Ediciones Encuentro, Madrid, 2009). 135 pp., ISBN: 978-84-7490-955-5.

Eugenio d'Ors (1881-1954) es muy conocido en los ambientes culturales españoles por sus reflexiones filosóficas sobre la cultura y el arte. Sin embargo, son menos conocidos sus ensayos de temática epistemológica, psicológica, pedagógica y literaria. Buena prueba de su formación clásica y de su conocimiento de la ciencia contemporánea (a principio del siglo xx) es la presente obra, que había permanecido iné-